

culos se oponian á su marcha ; pero al fin , despues de increíbles fatigas , llegaron á situarse en ciertos puntos ventajosos , y abrigándose y garantiéndose contra el enemigo , principiaron á incomodar á los Españoles hasta en su batería misma. El general Abbé destacó y lanzó entonces contra el reducto , casi á carrera abierta , dos compañías de granaderos , á las órdenes del capitán Ronfort , del 114. Apenas si se dió tiempo al enemigo de hacer una descarga : nuestros granaderos se precipitaron hácia el pie del atrincheramiento , en donde se los aplastaba con los canteros que se lanzaban y que se hicieron desgajar contra ellos. Los volteadores , cuando esto vieron , redoblaron su fuego , y ganando terreno y adelantándose mas y mas , llegaron hasta tirar por la espalda contra los artilleros que servian las piezas ; los Españoles se desordenan , huyen despavoridos hácia su segunda batería , y los granaderos entran en la primera y aun siguen persiguiéndolos , revuelto unos y otros. Destacóse al momento un batallón del 1º ligero , á las órdenes del comandante Ehrard , para sostener las dos compañías de granaderos , y cuando vió dicho batallón el buen aspecto que mostraba el combate , corrió presuroso á tomar parte en él : los volteadores en esto redoblan sus audaces esfuerzos , los granaderos alcanzan á los fugitivos , y la segunda

batería cae en nuestro poder como la primera. Algunos Españoles hicieron sin embargo en ella la mas viva resistencia ; el capitán de artillería y los soldados de esta arma murieron en el sitio. Nos apoderamos de diez piezas , de treinta prisioneros , y el camino nos quedó ya libre y expedito hasta la entrada del convento.

La columna se reunió y se formó de nuevo , y continuó subiendo en el mejor orden con la artillería , contra el último atrincheramiento del enemigo. Pero á medida que ibamos avanzando hácia el corazon de la montaña , oíamos allá á lo lejos un vivo fuego de fusilería , que atribuimos á los progresos del ataque que dirigia el general Montmarie por la parte de Colbató ; y para contribuir mejor á su buen éxito , redoblamos el paso con un nuevo ardor. ; Pero , cual hubo de ser nuestra sorpresa al llegar cerca del convento , viendo huir á los Españoles en el mayor desorden , y á los Franceses que salian del interior de aquel persiguiéndolos vivamente , y que venian á abrirnos las barreras que nosotros nos proponiamos ganar y conquistar á la bayoneta ! Eran estos como unos trescientos hombres del 1º ligero y del 114 de línea , que hacian parte de los destacamentos que habiamos enviado sucesivamente , á fin de rodear la montaña sobre nuestro flanco , y que vagando de peñasco en peñasco y oblicuando sobrado hácia

su derecha, habian llegado insensiblemente á la cumbre de la montaña, mientras que nosotros estábamos ocupados en el ataque de los reducidos. Puestos alli, se apoderaron de una ó dos ermitillas las mas cercanas al convento, desde cuyo punto, sin balancear un momento, y con aquel tacto é inteligencia que distinguen al soldado frances en el momento de la accion, aun cuando se ve sin oficiales que le manden y le guien, atacaron el convento con toda la ventaja de una posicion dominante y de una sorpresa. Defendióle este la reserva del enemigo, que opuso por el pronto una viva resistencia, y que hubiera fácilmente arrollado el corto número de enemigos que parecian quererla estrechar y obligarla á reentrar en el edificio, si se hubieran presentado juntos y en batalla en un terreno igual. Pero dichas ermitillas no se comunicaban con el convento sino por medio de numerosos y escarpados senderos, y aun en ciertos parages, por medio de escaleras ó de gradas informes abiertas en la peña viva, y tan sumamente empinadas y pendientes, que fuera cosa difícil, al bajar, é imposible al subir, el poder atravesarlas, en presencia de un enemigo bien prevenido y con el ojo alerta. Los Franceses, alentados con el buen suceso de la primera tentativa, iban progresando mas y mas, y diseminándose por aquellas breñas, se iban

aproximando cada vez mas de los Españoles, que se defendian concentrados en los patios y atrincheramientos, y al abrigo de las almenas, de los fosos y de las empalizadas. En fin, llegaron á ganar por sorpresa una puerta que les facilitó la entrada en el recinto mismo, y se empeñó un vivo fuego de fusilería en los claustros, en los corredores y en las galerías del convento mismo; pero el combate hubiera podido terminarse aun de una manera poco ventajosa, atendido el corto número de los nuestros. Los Españoles, en esto, llegaron á entender por los fugitivos de las dos baterías que su principal defensa habia sido ganada ya, y que no les quedaba otro medio de salud que una pronta retirada. La vispera, y al recibirse el primer aviso que las tropas francesas se iban acercando, el baron de Eroles habia mandado que se distribuyesen víveres para ocho dias á las baterías, fuese ya por una especie de fanfarronada y jactancia, ó bien que realmente creyese el poder desafiar un ataque de viva fuerza en una tan difícil posicion. Pero la viveza como la combinacion de nuestros esfuerzos hubieron de desengañarle muy pronto de su error, y hubo de verse á la vez forzado y desalojado del convento, y amenazado por su espalda por la ocupacion del camino de Colbató. Y para evitar el encuentro y ataque de nuestra columna princi-

pal, que venia avanzándose victoriosa, se retiró y desfiló hácia el Llobregat, por unas barrancas y precipicios que solo Españoles conociendo el terreno hubieran podido atravesar, aunque no sin peligro y alguna pérdida. Nos apoderamos, pues, del convento, de todas sus avenidas y de todo el Mont-Serrat en fin, de dos banderas, diez piezas, y de todos los almacenes del enemigo en municiones, armas, víveres y vestuarios. Nuestras tropas se establecieron en el convento y en las cercanías: visitamos tambien y ocupamos las trece ermitillas, y en dos de estas hubimos de encontrar aun los piadosos solitarios que las servian, y á quienes se respetó y dejó tranquilos en su asilo. Tomaronse las debidas precauciones á fin que la Iglesia no sufriese ultrage ni menoscabo alguno, y para que se conservasen intactos los acopios almacenados en el monasterio, y que debian de servir á la guarnicion que ibamos á dejar en aquel punto.

X. La toma y conquista de Mont-Serrat, cuando la de Tarragona estaba aun tan reciente, produjo sobre la Cataluña una impresion moral harto notable, en los primeros momentos á lo menos. De muchas grandes villas vinieron diputados á prestar su sumision, y aun algunos lugares entregaron espontáneamente sus armas, esfuerzo ciertamente el mas difícil de parte de

una poblacion naturalmente guerrera como la de Cataluña. Con respecto al ejército catalan, perdida ya esta como su posicion central, le era sobremanera mucho mas dificultoso ya el poder reunirse, ni volver á ponerse en estado de emprender movimiento alguno serio en favor de Figueras.

Pero al mismo tiempo, la conservacion de dicha conquista obligaba al ejército de Aragon á una nueva dislocacion de fuerzas. El general Abbé tomó en los primeros dias el mando de Mont-Serrat: la intencion del gobierno era el emplear solo un regimiento en la ocupacion de dicho punto: pero su extension como su importancia decidieron al mariscal á dejar dos de aquellos para conservarles. El general Palombini, con su brigada y alguna caballeria, reemplazó poco despues al general Abbé, quien regresó por Villafranca á reunirse con la division Musnier de que hacia parte. El general Frére, á cuyas órdenes estaba el general Palombini, que ocupaba Mont-Serrat, se estableció en Igualada, villa populosa y de grande influencia que importaba contener, y se ligó con Lérida, por Cervera y la Plana del Urgel, en que se colocó y apostó á los cazadores reales italianos, el 24 de dragones y el 42 de línea. De este modo se hallaba toda la baja Cataluña, si no ya sometida, ocupada al menos por el ejército de Aragon. Era

esta toda la porcion de territorio que se añadió y agregó al mando del mariscal Suchet, cuando se le dió la comision de hacer los sitios de Lérida, de Tortosa y de Tarragona, fuera de su provincia. Sus operaciones en seguida habian tenido por objeto el auxiliar al ejército frances de Cataluña, que la fuerza de los acontecimientos retenia aun á la vista de las murallas de Figueras. Esta plaza estaba ya entonces en los últimos apuros: su reconquista era una operacion casi decisiva, que el mariscal duque de Tarento podia completar bien fácilmente mas tarde, apoderándose de Cardona y de la Seu de Urgel, con lo que quedaba dueño de la provincia entera.

XI. Dejando, pues, por algun tiempo una parte de su ejército en Cataluña, el mariscal Suchet se dirigió de nuevo á Zaragoza, á fin de prepararse y disponerse á la expedicion contra Valencia. Tenia ademas necesidad de hacer sentir su presencia en el Aragon, porque la dispersion del ejército de Campoverde habia dado lugar á algunos desórdenes á la orilla izquierda del Ebro. Los desertores valencianos que habian pasado el Segre y el Cinca, se dirigieron hácia la frontera de Navarra, y el general Reille, á quien se dió conocimiento de ello, tomó las medidas oportunas á fin de cortarles el paso. Por su parte, el general Chlopiski se movió en busca de ellos con su acostumbrada actividad, y destacó por

todas partes algunas columnas, con el objeto de atajarlos ó de arrollarlos, y en efecto cayeron en nuestro poder un gran número de hombres y de caballos. Los que no tuvieron dicha suerte en el Aragon y en la Navarra, solo debieron su salud á una completa dispersion, y pudieron al fin libertarse pasando el Ebro mas tarde, es decir, en todo el mes de agosto, y costeano las faldas del Moncayo llegaron á las fronteras de Castilla, y desde allí á la de su reino de Valencia.

Los generales Villacampa y Obispo, que se habian reforzado algun tanto, el sitio de Tarragona durante, amenazaban con cuatro mil infantes y setecientos caballos á esta época misma toda la orilla derecha del Ebro, desde Teruel y Albarracin. El brigadier Duran, al frente de tres mil hombres, se adelantó con ánimo de reunirse á ellos, desde Soria á Calatayud, y en este punto encontró al general Ferrier, quien á la cabeza de los Napolitanos y de un batallon del Vístula sostuvo el combate contra él con gran vigor, y logró rechazarle. Poco tiempo despues, el gefe de partidarios Campillo, destacado por disposicion de Villacampa por el lado de Montalban, tuvo la audacia de penetrar hasta Cariñena y Longares; pero el capitán adjunto Domanget le alcanzó, y al frente de cincuenta coraceros embistió contra él, le hizo doscientos veinte y

ocho prisioneros y le dispersó completamente.

El general en gefe no podia dejar expuesta á tan peligrosos ataques y correrías la parte meridional del Aragon, y por la cual precisamente debia muy pronto de maniobrar contra Valencia.

Y en consecuencia, desde el momento en que estuvieron de vuelta en Zaragoza las columnas que habian escoltado hasta la frontera de Francia la guarnicion de Tarragona, dió á sus divisiones activas una nueva direccion combinada, sobre la derecha del Ebro, en vez del reposo que les fuera tal vez necesario. El general Harrispe se puso en marcha hácia Teruel, y libertó y sacó de embarazo en dicho punto al gefe de batallon Lefebvre, del 14 de línea, que se encontraba bloqueado con una pequeña guarnicion, sin dejarse intimidar por las amenazas, intimas ni tentativas del enemigo. El general Compére, destacado hácia Calatayud, se adelantó hasta Medina-Celi en Castilla, á la cabeza de dos mil hombres, con el objeto de darse la mano y comunicar con una division del ejército frances del centro. El general italiano Peyri se dirigió, con la brigada Balathier, á Castellote, entre Alcañiz, Morella y Montalban, cerca de las fronteras del reino de Valencia. Todos estos movimientos desembarazaron el Aragon, y nos permitieron el restablecer por todas partes nuestra autoridad, á fin de poder realizar la recolec-

cion de los impuestos y de los víveres. Villacampa y los demas gefes se retiraron y alejaron, al acercarnos nosotros, porque no habian venido á pelear y combatir. Su objeto principal habia sido el recoger la mayor cantidad de granos que les fuese posible, para enviarlos á Valencia, privándonos á nosotros de este recurso: proyecto tanto mas funesto para nosotros, cuanto á que la cosecha de este año habia sido la mas corta y mala que se hubiese visto en Aragon, de memoria de hombre nacido. El mariscal Suchet veía sus almacenes vacíos, y sin duda necesitaba hacer grandes esfuerzos y tomarse un cierto tiempo á fin de poder preparar y reunir los recursos oportunos, y ponerse en estado de maniobrar con la totalidad de sus fuerzas. Una buena parte de estas estaba aun empleada y retenida en Cataluña, porque la posesion de Mont-Serrat, privando á los enemigos de un punto harto importante, nos tenia sin embargo como clavados allí, y nos imponia ademas la difícil obligacion de haberle de proveer de víveres. Asi es que poco despues los Catalanes, pasado el estupor de la primera sorpresa, lo que no tardó en verificarse, principiaron á hostigar nuestras tropas y á atacar nuestros puestos. El general Palombini habia apostado cuatro compañías del 2º de línea, italiano, en Monistrol, casi al pie de Mont-Serrat, que fueron atacadas

el 9 de agosto por unos mil paisanos. Aun para repeler estas bandas que combatian con un encarnizamiento sin igual, fue preciso que bajase del convento un refuerzo: el enemigo se retiró, despues de una accion bien viva, dejando sesenta muertos en el campo; por nuestra parte perdimos veinte y tres cazadores italianos: los capitanes Bay y Bentivoglio se distinguieron muy particularmente; este último resultó herido.

Pocos dias despues, esto es, el 16 de agosto, el general Frére hubo de enviar cien hombres desde Igualada á Mont-Serrat, con motivo de la correspondencia, porque la comunicacion de un punto al otro no se verificaba sino con las correspondientes precauciones y con fuerza suficiente. Y con harto motivo en la ocasion presente; porque los Somatenes, en número de mil y quinientos hombres, se habian apoderado de todas las alturas que dominan el camino, y siendo ya preciso el socorrer nuestro destacamento, el general Palombini hizo marchar al momento diez compañías al efecto: el desalojar á los Españoles de sus posiciones, nos hubo de costar un porfiado combate: hicimosles al fin huir, pero tuvimos en la accion trece muertos y ochenta y cuatro heridos. Todos estos ejemplos probaban al mariscal la imposibilidad de retirar sus tropas de la Cataluña, hasta la caida de Figueras, cuya

noticia esperábamos de un dia al otro. Y antes al contrario, se decidió á enviar, por Caspe y Lérida, la brigada italiana Balathier con el general Peyri*, para relevar en Mont-Serrat la brigada

* Un momento despues de la toma de Tarragona, y mientras que Palombini, con el general en gefe Suchet, iba al encuentro y en persecucion de Campoverde, el general Peyri se dirigia al Aragon con dos regimientos italianos, que saliendo de Reus, por Dosaguas, Falset, Mora, Batea, Caspe, La Puebla de Híjar, Zeila, Fuentes y Zaragoza, llegaron despues á Francia, por Jaca y por los Pirineos, escoltando una columna de tres mil prisioneros. Los Italianos no encontraron enemigo alguno en su marcha, y sus tropas no tuvieron otra contradiccion á sufrir que la de los calores excesivos en las áridas y agostadas llanuras de la orilla derecha del Ebro. Este general fue el primero que hubo de conducir y mandar tropas italianas en el Aragon; y entonces se conoció la inmensa diferencia que existia entre los habitantes de este reino y los de la Cataluña. Estos, al acercarse una tropa cualquiera del enemigo, abandonaban casi todos sus casas, mientras que los primeros venian á ofrecer á nuestros soldados cuanto podian necesitar: bien que en cambio de una tan generosa hospitalidad, estaban seguros de verse recompensados con la mas exacta disciplina.....

Concluida ya su mision en el Aragon, el general Peyri se reunió, en Lérida, con la artilleria y 1º ligero, italianos, que estaban de guarnicion en dicha plaza, mientras que Villate y Palombini, con el resto de la division italiana, ocupaban los otros pantes de Cervera y de Mont-Serrat, en combinacion con la division Frére. Véase un bien marcado contraste entre el estado en que se hallaban las tropas en el Aragon, y él en que se veían en Cataluña. En esta ultima provincia estaban siempre con las armas en la mano y expuestas á todas las necesidades, fuese ya que estuviesen en posicion en campo raso, ó que estuviesen apostadas y encerradas en puestos atrincherados: en el Aragon, por el contrario, las tropas reposaban tranquilamente en los campamentos ó en sus alojamientos en los lugares, porque las autoridades estaban encargadas del cuidado de procurarles los víveres necesarios, y de avisarles á tiempo de cual-

Palombini, que salió para Barcelona, en donde recibió la orden de pasar á Figueras y de ponerse á la disposición allí del mariscal Macdonald. El general Musnier en Tarragona, y el general Peyri en Igualada, debian, en caso necesario, apoyar este movimiento, mientras que el general Frére quedaria encargado momentáneamente de reemplazarlos y de contener el pais.

El general Habert hizo avanzar la brigada Montmarie hácia Morella, para suplir la ausencia de la brigada Balathier. Pero la presencia de los Italianos sobre las fronteras del reino de Valencia habia producido ya allí el resultado mas útil; contando con este apoyo, sobre su izquierda, el general Harispe habia hecho cejar los cuer-

quier movimiento que pudiese intentar el enemigo, y los habitantes se conformaban gustosos á las órdenes de la autoridad en esta parte. Si las tropas tenian que ponerse en marcha, encontraban guías seguros que les mostrasen el camino, y no se veian atormentadas con el continuo cuidado de poder ser atacadas á cada paso, como acontecia en Cataluña, en donde las falsas alarmas fatigaban eternamente al soldado, y le impedian el poder desplegar la agilidad y vigor necesarios en el caso y momento de un peligro real. Pocos hombres, atrincherados en una casa, bastaban en el Aragon para asegurar la tranquilidad de los lugares en una inmensa línea de operaciones, desde Zaragoza hasta las fronteras. Al contrario, muchas tropas, en Cataluña, bien que atrincheradas y parapetadas, no eran suficientes á mantener el orden ni á imponer á los habitantes, quienes se libraban sin cesar y sin obstáculo á la guerra de partidas, guerra á que sus propias habitudes y la tan variada y difícil naturaleza del terreno parecian invitarlos.» (Vacani, tomo 3, pág. 103 y siguientes.)

pos de Villacampa y de Obispo; adelantándose por un lado hasta Sarrion, y hasta Utiel por el otro. Dicho general, tan pronto establecia sus tropas en campamentos, tan pronto las ponía en movimiento, con marchas y contra marchas continuas, y de este modo conseguia tener sumiso todo el pais á sus espaldas, y amenazaba por su frente el reino de Valencia y los cuerpos enemigos encargados de defenderle. En esta provincia todo se preparaba, y por todas partes, contra nosotros: los Valencianos concebían nuevas confianzas, y hasta parecían desafiar ya el ejército frances. Porque el 7 de agosto, un cuerpo de cerca de cuatro mil hombres, á las órdenes del brigadier Andriani, habia venido á atacar nuestros establecimientos y puestos de Amposta, de la Rápita y de las Bocas del Ebro. Dos capitanes del 117, Menu y Bussa, mostraron no menos inteligencia que firmeza y vigor, y habiendo rechazado el primer ataque, dieron lugar á que llegase en su socorro el capitán Labarcerie, del 5º ligero, con doscientos cincuenta hombres escogidos.

Mientras que los capitanes Menu, Bussa y Labarcerie tenian en respeto y contenian la cabeza de las columnas del brigadier Andriani, mucho mas por la buena combinacion de sus fuerzas que por su número, el general Habert habia salido de Tortosa al frente de seiscientos

infantes y de cincuenta coraceros, y se dirigia directamente á espaldas del enemigo con una extraordinaria rapidez. Llega á encontrar la retaguardia enemiga, la embiste y la arrolla, y marcha derecho hácia el grueso de la columna. Los valientes del 5º ligero y del 117 redoblan al mismo tiempo de esfuerzos por el frente, y contra la cabeza de la columna; los Españoles principian á desordenarse, nuestros coraceros arremeten contra ellos, y los obligan á salvarse huyendo. Mas de doscientos Españoles quedaron sobre el campo de batalla. El general Habert les siguió aun el alcance el dia siguiente, y trajo á su regreso doscientos y cincuenta prisioneros, y una bandera del segundo de Saboya. Este descalabro y nuestras disposiciones generales en las fronteras de Valencia no tardaron en hacer sobre los habitantes de dicho reino una cierta impresion: esta fue la última vez que vinieron á las manos con nosotros fuera de los límites de su provincia.

El mariscal Suchet, sin perder aun de vista la Cataluña, se ocupaba al mismo tiempo de sus preparativos contra Blake, quien parecia venir á probar fortuna de nuevo, y en una segunda campaña, contra nosotros. Redobló, pues, de esfuerzos á fin de hacer llegar los granos necesarios, á peso de oro, de la Castilla, de la Navarra y de las provincias que habian tenido mucho

mejor cosecha que el Aragon. Dió orden para que se pasase revista á los regimientos, y para que se pagase al ejército su sueldo. Despachó además á Francia, por la via de Jaca, cerca de tres mil soldados viejos, parte soldados de caballeria y del tren, desmontados, parte soldados hábiles para la guardia imperial, y otros inutilizados para el servicio por heridos ó mutilados, para los inválidos ó retiro, ó meramente cumplidos para volver á sus casas. Dichas pérdidas y bajas se compensaban con conscriptos, que iban llegando en batallones ó escuadrones de marcha, con los cuadros que habiamos enviado precedentemente á los depósitos para buscarlos y acompañarlos.

XII. En el mes de agosto desembarcó en Tarragona, en calidad de parlamentario, un sargento mayor español, que traia una carta del capitán general de las Islas Baleares, el señor Cuesta, al mariscal Suchet, por la cual se le proponia á este un cange de prisioneros de guerra. En la carta se ofrecia además el entrar en negociacion al punto sobre el particular, y al efecto venia inclusa en aquella una lista nominativa de noventa oficiales franceses, y un estado, por cuerpos, de tres mil setecientos y sesenta y uno, entre soldados y sargentos, que se hallaban detenidos en Mallorca. Hacia ya mucho tiempo que el mariscal, sin perdonar á di-

ligencia ni esfuerzo alguno, habia deseado el entablar relaciones de esta naturaleza con los generales españoles con quienes hubiera guereado. Asi es que hubo de deber á la intervencion del mismo general Blake la libertad del capitán Anthoine de Saint-Joseph, su hermano político. Aprovechó, pues, con indecible placer una tan oportuna ocasion de poder terminar los males bajo los que gemian en la Isla de Cabrera nuestros valientes y desgraciados compatriotas, y aun la mayor parte de ellos desde 1808. Asi es que no balanceó un momento en responder afirmativamente al general Cuesta, sin esperar la autorizacion del gobierno, pero de cuya aprobacion no dudaba, y firmó un proyecto de cartel de cange, fundado sobre una reciprocidad honrosa para ambas naciones. Mandó, pues, retener en Aragon seiscientos prisioneros, y entre ellos algunos generales y oficiales de la guarnicion de Tarragona; y suplicó al mismo tiempo al mayor general, príncipe de Neufchatel, mandase dirigir desde Francia tres mil prisioneros, por la via de Perpiñan, hasta Rosas, en que se podia verificar el cange con toda comodidad. Mas antes que pudiera realizarse dicha proposicion, recibió una segunda carta del general Cuesta, quien obedeciendo á un orden, ó bien cediendo á una influencia superior, cortaba en este estado la negociacion. Véase su carta

que damos por nota, y que dará á conocer el carácter de este anciano y respetable guerrero*, que habia peleado con los Franceses y que sabia estimarlos, y que sintió una verdadera pena al ver no podia realizar ni llevar á cabo una convencion propuesta y aceptada por ambas partes con la mas buena fe.

* Copia de la carta que escribió á S. E. el mariscal Suchet el capitán general de las Islas Baleares, don Gregorio de la Cuesta.

Excmo. Señor:

« Acabo de recibir el oficio, que en contestacion al mio anterior, ha tenido V. E. la bondad de dirigirme, en fecha de Zaragoza, del 31 de agosto pasado, y ora me veo en el caso de anunciar á V. E., no sin gran sentimiento, que el consejo de Regencia de España é Indias, habiendo llegado á entender el cange de prisioneros que yo negociaba con V. E., le ha desaprobado en todas sus partes, y me ha prohibido el concluirle bajo ningun pretexto ni motivo. En consecuencia, me veo ya en la imposibilidad de llevar adelante la proposicion que con este objeto habia yo mismo entablado, y que me habia dictado solo el deseo de poder aliviar la humanidad; pero que mi gobierno, que no me habia autorizado suficientemente al objeto, no ha creído conveniente.

« Hago á V. E. esta simple declaracion, á fin de que se convezca por ella de la imposibilidad en que me veo de cumplir mis promesas; por la primera vez, en toda mi vida, me veo ahora forzado á faltar á ellas. Y en consecuencia le mando al sargento mayor Cervera, que cese desde este momento toda negociacion, relativa á dicho cange, y que se embarque para regresar á esta Isla.

« Repito á V. E. con este motivo toda mi consideracion y respeto, y ruego á Dios conserve su vida dilatados años.

Palma, en Mallorca, hoy 1.º de octubre de 1811.

Firma: *Gregorio de la Cuesta.*